

esclavas y presentes á Argel para obtener la confirmacion de su autoridad; se sometió al consejo de los extranjeros y vino á ser vasallo de los piratas africanos. A pesar de estos sacrificios, los moriscos de España no recibieron suficiente ayuda.

Don Juan de Austria, al contrario, enviaba sus agentes de enganche hasta el corazón de Castilla (1), pero no pudo ponerse en movimiento hasta enero, al año justo de la primera expedición de Mondejar. Los moriscos estaban ya agueridos; sus mujeres habían aprendido á descargar el arcabuz y á manejar la honda: el día siguiente de la partida de Granada, en el asalto de Guejar, fué muerto un capitán de una pedrada de mano de una mujer, y la resistencia se prolongó bastante para permitir á los niños que se refugiaron en la montaña. Todo indicaba que la campaña sería penosa.

El 20 de enero (2) se halló D. Juan de Austria ante la plaza fuerte de Galera y comenzó un sitio que lo retuvo espacio de un mes con sus trece mil cristianos. Galera encerraba tres mil moriscos que poseían víveres en abundancia; pero sólo tenían mil doscientos arcabuces con muy poca pólvora y dos piezas de artillería de menor calibre. El primer asalto dió á los españoles la torre de la iglesia que estaba contigua á las murallas; pero el segundo intento contra la plaza fué rechazado. Entónces fué cuando D. Gaspar de Samano, el primero que escaló el muro, llevó á una almena la mano y se la cortaron de un tajo; se agarró con la otra mano á la almena y logró entrar en la plaza; pero murió en tan heroica lucha. Habiendo fracasado este ataque prematuro, decidió don Juan dar el tercer asalto con el tercio de Nápoles, y el maestro de campo á la cabeza, «y los soldados se decían unos á otros que había dentro muchas esclavas, mucho dinero, muchos vestidos y alhajas.» Pero chocaron con una resistencia invencible. De pié sobre la brecha se mantenía en primera fila una morisca, la Zaramodonia, alta, robusta, de miembros enormes, que mató por su mano aquel día hasta diez y ocho soldados. Un cristiano se acercó á ella resuelto á clavarle su puñal; pero la brava mujer lo derribó, lo oprimió bajo sus piés, le quitó el morrion y la coraza y le cortó la cabeza. Después de cuatro horas de esta lucha al arma blanca, comenzaba á replegarse el tercio de Nápo-

(1) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10752, fol. 428.
(2) De 1570.

les, cuando se derrumbó un lienzo de muralla y sepultó en sus escombros á unos treinta de ellos, haciendo impracticable la brecha. Preciso fué tocar retirada y resignarse por muchos días á la zapa y al cañoneo. No terminó esta especie de tregua sin que los argelinos riñeran con los moriscos; pero hubo de reconciliarlos Zaramodonia dando algunas moriscas á los más discolos. Algunos días después la heroína morisca caía al pié de la brecha herida de muerte por una bala de arcabuz «dejando ejemplo y mucha fama de su esfuerzo» (3).

Los sitiadores cubrían sus caminos con faginas de retama: dos moriscos salieron furtivamente una noche y prendieron fuego á las faginas con mechas de cuerda impregnadas de aceite. Entre tanto nuevas piezas de artillería llegaban de Cartagena, entre otras, ocho recién fundidas, según los modelos de D. Juan Manrique de Lara. Con ellas se abrieron luego muchas brechas, y se dió un asalto general, dirigido por D. Juan de Austria, que se lanzó de los primeros y fué alcanzado por una bala en el costado. Esta vez ya se apoderaron los españoles de la muralla, se introdujeron en la plaza y tomaron sucesivamente las casas y las calles con luchas tan encarnizadas que los heridos continuaban luchando hasta morir. Comenzó el asalto á las cinco de la mañana y sólo á las ocho de la noche, cuando perecía el último de los defensores, quedó la plaza por los cristianos. En este pavoroso exterminio, un morisco mató por su mano á sus dos hijos y se dejó matar en seguida: una jóven morisca se arrojó desesperada contra las lanzas enemigas, llevando en brazos dos hermanitos suyos que murieron con ella (4). Luego que se repartió el botín, se pegó fuego á las casas para quemar los cadáveres y evitar la infección.

Este violento esfuerzo, seguido de la matanza y del pillaje, desmoralizó al ejército de don Juan; de tal manera que cuando se presentó delante de Seron á recobrar esta plaza perdida el verano precedente, bastó la salida de un puñado de moriscos para poner en fuga á todos los vencedores de Galera.—Jamás hubiera creído tal terror, si no hubiera sido testigo de él, escribe D. Juan al rey (5); huían delante de un puñado de moriscos con desórden tal y tanto, que no eran parte á atajarlo ni las voces de mando, ni las incriminaciones, ni los cintarazos:

(3) Hita.
(4) *Id.*, pág. 665.
(5) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 49, del 19 febr. 1570.

era imposible hacerles cobrar aliento ni menos volver la cara al enemigo.—Esta derrota costó á los españoles seiscientos hombres y entre ellos el bravo Luis de Quijada, mayordomo de Carlos V, que no se había separado nunca de don Juan.

Después de tales sacudidas desaparece todo órden: los capitanes son los más dados al robo, escribe Felipe II; ellos se apropian las soldadas de sus hombres (1).—Otra vez comienzan las deserciones, como las partidas de merodeo en pequeño número: no parecía sino que habían venido á este ejército sólo para el robo. De lo que menos se curan los capitanes es de la disciplina. D. Juan mandó ahorcar muchos soldados en algunos días (2). Algunos son todavía fieles á las tradiciones de las guerras heroicas: D. Alonso de Aguilar, abandonado de casi todos sus hombres, se detiene en un barranco y hace frente á los moriscos que lo persiguen.—¡Soy D. Alonso! exclama.—¿Eres don Alonso? Pues yo soy El Feri de Benastepar.—Y todos quedan suspensos y presencian inmóviles el combate de los dos jefes. Los romances han celebrado igualmente las proezas de don Alonso de Céspedes, quien con su espada no menos pesada que una maza de armas (3) partía á un morisco desde el hombro hasta la cintura.

Felipe II comienza á desear una solución, como quiera que no son buenas las noticias que recibe. Le han dicho que el sultán trata con Francia para obtener que se avituallen sus escuadras en las costas de Provenza. «Dícese por acá que un chauch ha pasado por Venecia, escribe Fourquevaux á Carlos IX (4), con vuestro embajador de Francia, el cual chauch va á rogaros de parte del Gran Turco, su amo, que sea proveida su armada de víveres y otras cosas, si toca en vuestras costas de Provenza y Languedoc. No faltan murmuraciones sobre ello.» ¿Dónde procurarse nuevas tropas? Felipe no vacila en desguarnecer los Países Bajos, y escribe al duque de Alba (5) que, con pretexto de una escolta de honor para la nueva reina, su futura esposa, le envíe tres mil valones de las antiguas levas, con sus arcabuces y morriones y una buena provision de pólvora á fin de proveer á las necesidades de lo de Granada. Así,

(1) *Doc. inéd.* pág. 64 del 3 de marzo de 1570.
(2) *Ibid.* Don Juan al rey, tom. XXVIII, pág. 84 y 90.
(3) Se conserva esta espada en la Armería real de Madrid, y pesa siete kilogramos.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10752, fol. 620, del 20 marzo de 1570.
(5) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 525, del 4 abril 1570.

entre estas dos guerras que ha provocado simultáneamente, sin preparativos, sin razón, por llevar adelante sus principios de gobierno sólo favorables al Santo Oficio, se agota, se consume, envía tropas al Norte, las lleva al Mediodía, se expone á una invasión turca... Pero con eso y todo, permanece inflexible. Tiene toda su confianza depositada en Deza, y rechaza, por consejo de este fanático, las proposiciones de sumisión que le hace el rey morisco. «Es cosa bien extraña, escribe D. Juan de Austria indignado de esta intervencion de Deza (6), que los religiosos que habrían de interceder con V. M. por estos miserables, hagan su esfuerzo en reprender la clemencia.» Y quiere dejar un mando que paraliza semejante política.

Pero si la clemencia está vedada, no así la astucia. Un confidente del Santo Oficio, Francisco Barredo, se pone de acuerdo con un jefe morisco, Gonzalo el Jeniz, y lo induce á hacer caer en una emboscada á su rey Aben-Abó. Sabe éste que el Jeniz lo espera para recibir órdenes en la gruta de Verchul y acude sin ninguna desconfianza, sólo acompañado de un guardia.—Hay que entregarse á discreción, le dice el traidor.—¡Cómo, Jeniz! ¿Para esto me llamas? No me hables, pues; no quiero verte ya. Y le vuelve la espalda. Un morisco lo hiere por detrás con el cañon de su escopeta y Jeniz lo remata con una piedra. Cargan el cuerpo en un mulo y se lo llevan á Barredo que lo espera y lo paga. Barredo le saca las entrañas con sus propias manos, las reemplaza con paja y lleva su presa á Granada. Deza separa á su vez del tronco la cabeza y hace que la claven en la puerta del Rastro con este rótulo: «Cabeza del traidor Ben-Abó. Pena de muerte al que la quite.» Deza fué nombrado cardenal y Barredo recibió del rey una casa y seis mil ducados; sino que cometió la imprudencia de desembarcar en la costa de Africa y allí fué asesinado.

Desalentados los moriscos con la pérdida de su rey, abandonados por los turcos, privados de sus mejores soldados, se sometieron al destino y fueron tratados como lo habían sido los habitantes de Granada. Condenados á salir de Andalucía, murieron por los caminos, fueron vendidos como esclavos, ó asesinados, hasta desaparecer todos poco á poco. El emperador Galiano decía á un gobernador, después de la sumisión de una provincia rebelde: «Mata á quien ha hablado mal, mata á quien ha pensa-

(6) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 96-102. Don Juan al rey, 7 de junio de 1570.

do mal; hiere, descuartiza, mata (1).» Aquí no se dejó á vida en Andalucía un sér de la raza maldita. El rey hizo enviar de Castilla doce mil esposas (2) para maniatar á los presos más vigorosos durante su marcha. «Es grande, dice Don Juan de Austria (3), el número de los moriscos que han salido desta sola parte y háñse echado con ménos que mil soldados, con la mayor lástima del mundo, porque al tiempo de la salida cargó tanta agua, viento y nieve, que cierto se quedaban en el camino

á la madre la hija, y la mujer al marido, y á la viuda su criatura. No se niegue que ver la despoblacion de un reino es la mayor compasion que se puede imaginar. Al fin, señor, esto es hecho.»

Emigrantes de todos los puntos de España vinieron á ocupar las casas abandonadas; pero no supieron conservar ni las flores en los jardines, ni el cultivo en las montañas, ni las barreras en los valles. El más rico reino de España estaba arruinado para siempre.

CAPÍTULO XIV

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO.—BATALLA DE LEPANTO
1571-1572

LIGA CONTRA LOS TURCOS.—LA ARMADA DE LA LIGA.—BATALLA DE LEPANTO.—LA EXPEDICION DE TÚNEZ.—ABATIMIENTO DE LA AUTORIDAD REAL EN ITALIA

I.—Liga contra los turcos

Algunos dias despues de haber anunciado que estaba ya Andalucía desembarazada de sus habitantes, Don Juan de Austria se dirigió al cardenal Espinosa (4) y al príncipe de Eboli (5) para que se le eligiera capitan general de la liga de España y las potencias italianas contra los turcos.

Esta liga, hacia mucho tiempo proyectada, y olvidada tambien, habia servido hasta entónces de pretexto á todos los fraudes diplomáticos: el peligro que habia corrido Malta, los triunfos que inmediatamente despues obtuvieron los turcos sobre los venecianos en la isla de Chipre hubieron de espantar á los cristianos del Mediterráneo y todos convirtieron los ojos á los venecianos, que hacian tantos esfuerzos para defender su reino oriental.

Sabido es que un fraile, bastardo de Lusignan, habia provocado una sublevacion contra el soberano legítimo de Chipre. Vencido en esta intentona fué á refugiarse á Egipto con algunas

(1) Trebelio Polio, *Vita ingenui*. «Perimendus est omnis sexus virilis. Occidendus est quicumque maledixit. Occidendus est quicumque malevoluit. Lacerat. Occide. Concide.»

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 857, Fourquevauls á Carlos IX, del 9 de noviembre de 1570.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 156, Don Juan á Ruy Gomez, 5 nov. de 1570.

(4) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 143, carta del 19 de noviembre de 1570.

(5) *Ibid.*, pág. 146.

bellas cipriotas que habia ofrecido al soldan á cambio del reconocimiento de sus derechos sobre la isla: supo igualmente obtener del Papa la misma investidura y la dispensa ó anulacion de sus votos religiosos, en cuya virtud contrajo matrimonio con la hermosa veneciana Catalina Cornaro, á quien la República adoptó por hija.

Despues de estas peregrinaciones é intrigas, el famoso aventurero vino á ser dueño de la isla de Chipre; sino que murió de repente, acaso envenenado por la República, que tomó la administracion del reino y obligó á Catalina Cornaro á retirarse á Venecia, donde murió rodeada de honores, dejando su corona á la República su madre (6).

En 1569, Piali, el vencido de Malta, vino á atacar á Nicosia con una escuadra de trescientas naves y cincuenta mil hombres (7). Si semejante expedicion se hubiera dirigido en aquellos momentos contra Andalucía, habria asegurado por un siglo la preponderancia de los turcos en el Mediterráneo y cambiado los destinos de Europa. Venecia sola procuró sostener la lucha; pero su ejército, por una fatalidad cruel, fué atacado por la peste (8) con

(6) Herrera, *Relacion de la guerra de Chipre*, Sevilla, 1572, y *Doc. inéd.* tom. XXI, pág. 262 y siguientes.

(7) Cabrera.

(8) *Id.* tom. II, pág. 73.

pérdida de cuarenta mil hombres y no pudo impedir la toma de Nicosia (1). Los indígenas de Chipre «hombres delicados y de mucho regalo, porque las mujeres son extremadamente lascivas (2),» acogieron á los musulmanes (3), destruyeron á los albaneses que habia alistado Venecia como auxiliares y suministraron víveres al ejército turco que puso sitio á Famagusta.

Al grito de angustia dado por Venecia contestó Pio V renovando los antiguos proyectos de liga. Su enviado á Felipe II, Luigi Torre, encontró al rey de España á su vuelta de Córdoba al Escorial, en los momentos del triunfo sobre los moriscos, de la donacion gratuita de seiscientos mil ducados votados por Sevilla, que acababa de librarse de los peligros de la insurreccion, y de las instancias de Don Juan de



Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz

Austria para que se le empleara contra los infieles. A pesar del acuerdo desde luego establecido entre el Papa y el rey de España, no se necesitaron ménos de seis meses para reconciliar á Doria, dueño de las mejores galeras de Génova, con Colona que mandaba las de Roma, para cerciorarse de que Venecia no se someteria á una paz separada con el turco y de que el turco no amenazaría ninguna de las posesiones españolas (4), en fin para triunfar de las dilaciones sin término de las cancillerías de Roma y de Madrid. El cardenal Granvela consagró todo su genio á allanar dificultades, á

desvanecer recelos, á obtener de Pio V el derecho para el rey de España de imponer contribuciones á la Iglesia española con el nombre de *cruzada* y *excusado*. La liga fué en fin jurada, declarada perpetua (5) y provista de fuerzas, cuyo mando fué confiado á Don Juan de Austria (6). El cardenal Granvela recibió el título de Virey de Nápoles para poner todos los recursos de Italia á disposicion de este joven príncipe á quien se elegia como campeón de la causa católica.

No estaba ociosa Turquía durante estos preliminares. Hallábase entónces bajo la dominacion de Selim II y del gran visir Mohamed el Halcon: Piali, que se habia casado con una

(1) Herrera, *Historia de Felipe II*, tom. I, pág. 417.

(2) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 263.

(3) *Id.* pág. 276

(4) Ms. Colec. privada, el marqués de Pescara al embajador de Roma, 11 de julio de 1570.

(5) Cabrera, tom. II, pág. 90.

(6) El 25 de mayo de 1571.